

¿Todavía Teatro Político?

por J. Sanchís Sinisterra

Pero, hombre... ¿Cómo es posible? ¿Todavía andas haciendo teatro político?», me dijo mi amigo. «Pero si eso ya no interesa a nadie. Mira que eres antiguo...»

El tal amigo -conocido, más bien-, compañero que fue de mis años universitarios, militaba ahora (1989) en las filas de la postmodernidad y ostentaba esa ironía bobalicona con que algunos pretenden remedar al cinismo.

Debo confesarlo: consiguió que me sintiera algo anacrónico. Superviviente de una época remota en la que «teatro político» significaba teatro de izquierdas, y el hecho de practicarlo -como autor, como director, como actor...- implicaba la pretensión de marchar en el sentido de la Historia, de contribuir a la transformación de la Sociedad y, en consecuencia, de preparar el advenimiento de la revolución. Por este orden.

Pero mi incipiente obra -iniciada en marzo del 89- no aspiraba a tanto, qué va. A partir de una anécdota que me contó -y regaló- el dramaturgo argentino Roberto Cossa, había yo imaginado una pequeña historia que pensaba desarrollar con un mínimo de medios dramáticos y escénicos: dos únicos personajes (femeninos), un escenario vacío, unos pocos trastos de vieja utilería y una trama leve, marginal e imposible, sin pretensiones de realismo. Una historia de lealtades absurdas e idealismos trasnochados que, por ello mismo, suscitara la risa y la nostalgia hacia unos valores ya entonces amenazados de descrédito.

De nuevo mi obsesión por encerrar en los estrechos límites del «teatro en el teatro» -ahora, un viejo teatro en desuso, reducto a la vez espectral y germinal- los ecos deformados y atenuados de la Historia mayúscula. Y mi propensión a emplear el humor como antídoto contra la solemnidad y la trascendencia, parásitos inevitables de los «grandes temas».

Porque -no lo voy a negar- tras la pequeña anécdota latía, aún débil y confusamente, un tema de enormes proporciones: como el atisbo de una tormenta que comenzaba a formarse en el Este.

Cuatro años largos ha durado la elaboración de *El cerco de Leningrado*. Cuatro largos años en los que el mundo ha asistido, atónito, al derrumbe de un sistema calificado, por propios y extraños, de comunista. Y a muchos pareciera

que, con él, naufragaba también la utopía revolucionaria de donde surgió, los ideales liberadores e igualitarios que, durante un siglo, han nutrido la esperanza y las luchas de los desheredados de la tierra.

Hasta quisieran proclamar abolido el océano de miseria, opresión y rapiña que hizo posible y necesaria su revuelta.

En estos cuatro años, los personajes de mi historia -Natalia y Priscila, «dos mujeres de cierta edad»- han ido desgranando su rosario de palabras y gestos desatinados, inventando motivos y pretextos más o menos sensatos para justificar su persistencia, su resistencia. Pasito a pasito, tercamente obstinadas, han ido trenzando su caminar sin meta, su larga marcha inmóvil, por el viejo escenario del Teatro del Fantasma, invulnerables al derrumbe material y moral que acontecía afuera.

Preciso es confesar que su autor -éste que os habla-, quizás abrumado y perplejo por el nuevo desorden mundial, las dejó abandonadas durante largos períodos. Meses enteros quedaron suspendidas al borde de una frase, en la mitad de un paso. Otros textos, otros personajes ocuparon entre tanto mi atención y mi tiempo. Pero ellas seguían ahí, testarudas, porfiadas, esperando en el silencio de la página... o quizás rezongando, sordamente impacientes.

Porque tenían -tienen- una misión que cumplir. Misión que, verdad es, nadie les había encomendado. Pero quizás por ello deben alimentarla día a día, año tras año. ¿Quién, si no ese par de rivales entrañables, iba a preservar en piedra y espíritu el teatro que albergó los sueños revolucionarios de Néstor Coposo, marido y amante, cumplidor como el que más, y por partida doble? ¿Dónde albergar la sombra de la llama de un arte que aspiró a cambiar el mundo, si no en este Teatro del Fantasma, ahora amenazado por las ratas, la carcoma, las goteras? ¿Y cómo, en fin, sin su obstinada búsqueda, desvelar el misterio que rodeó la muerte de Néstor, poco antes del estreno de *El cerco de Leningrado*?

Quizás mi amigo -conocido, más bien- tuviera razón y el teatro político ya no interesase a nadie. Pero acaso interesase a algunos calentarse al rescoldo de una utopía inapagable, ahora que todo parece anegarse «en las heladas aguas del cálculo egoísta»...